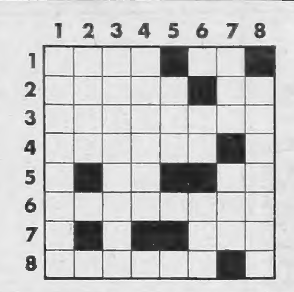
Con censura 22



Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltearse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.

HORIZONTALES

1. Diminuto, insignificante. / Ahora mismo.
2. Asiento con respaldo. / Abreviatura de "antes de Cristo".
3. Pared común a dos edificios.
4. Fiesta popular muy común en España.
5. Infusión. / Nombre de la decimonona letra castellana.
6. Perteneciente a la bolsa, a sus operaciones y a los valores cotizables.
7. Sustancia dulce producida por las abejas.
8. Recado verbal de una persona a otra.

VERTICALES

1. Infeliz, desdichado.
2. Lugar en que se reúnen gentes de mala conducta.
3. Milésima parte del metro, pl.
4. Muelas.
5. Cacahuete.
6. Interj. usada para dar ánimos. / Engañe, defraude.
7. Querer. / Base, pata.
8. Pelo.

SOLUCION 21

Letra censurada: La B.
Horizontales: 1) Bárbaro / Va. 2) Bien / Labio. 3) Becario. 4) Ra / Bodrio. 5) Toba / Botas. 6) R3 / Bomba. 7) Bocas. 8) Balón / Besa.
Verticales: 1) Abierto. 2) Recabó / Bol. 3) Ana / Barco. 4) Rob / Beban. 5) Bólido. 6) Aborto. 7) Vi / Ibamos. 8) Abotona.

Verano/12

Sueños de verano

CRIATURAS DE LA COSTA



Gustavo Saiegh

(Por Eduardo Blaustein) Silvia mira a Julián con ojos húmedos. Julián sorbe con la pajita lo que le queda de licuado de banana. Julián mira a Silvia con ojos húmedos. Silvia chupetea lo que queda de yogur en la cucharita de plástico.

—Te superamo.

—Te requiero.

Silvia y Julián salen de la lechería tomados de la mano, mirando al mozo con ojos húmedos. Se alejan amarraditos y el mozo intercambia un gesto vago con el tipo del mostrador. Los dos observan cómo Julián abre la puerta del 600 para que entre Silvia. Ven que Silvia, cuyas nalgas húmedas dejaron algún rastro de arena en la silla, acerca los labios a la ventanilla del Fiat, que Julián y Silvia se besan a través del cristal que se empaña, que gesticulan y que finalmente Julián da la vuelta en torno al 600 imitando a un pajarraco, batiendo las alas, moviendo el torso recto hacia arriba-abajo, dando trancos largos, graznando como un pterodáctilo. Julián sube al auto y el mozo arroja el trapo rejilla a la cara del compañero.

—Te superamo negro —dice.

En el 600 Silvia mira a Julián con ojos húmedos. "Qué loco sos, mi amor", murmura.

—No soy loco. Soy un pterodáctilo.

—¿Eh?

—Arre, Bolita —dice Julián y arranca.

Julián deja que el Fiat elija el camino y se pone los anteojos oscuros. Silvia pide que se los quite. Julián no se los quita. Silvia se los quita y le da un beso de ojos húmedos en los labios salados por el mar. Julián gira la cabeza espasmódicamente, mira a Silvia con el cuello torcido y los ojos muy abiertos.

—¡Cueeeercc! Soy un pterodáctilo.

Silvia se queda en silencio mirando no la costanera sino los ojos de Julián que son más hermosos que el mar. Se pone a jugar con los rizos castaños de Julián y le besa el hombro. "Qué fuerte estás, amor", dice y otra vez se acuerda de Julián estrechando la diestra de Sofovich.

—¿Vamos a la playa, Ju?

—No, vamos al burrito.

—¿A qué burrito?

—Quiero andar en burrito. ¿Pasa algo?

Silvia se cruza de brazos un poco bruscamente. Se descruza y abre la ventanilla. Se cruza. Se descruza y le pone los anteojos oscuros a Julián.

—¡Cueeeeeeeerrrccc!

Silvia reprime la risa pero vuelve a cruzar los brazos y mira los chalets. Piensa que Ju es un dulce, pero que a veces... Lo conoció cuando él abandonaba un partido de vóley, en la playa, protestando y amenazando. Lo reconoció por los brazos como troncos y los ojos azules. Ni siquiera después del segundo día se atrevió a decirle que lo había visto con Sofovich; le daba vergüenza. Ahora llevan una semana.

—¿Me vas a sacar una foto?

—¿A dónde?

—En el burrito.

—¿Estás loca?

Silvia vuelve a cruzar sus brazos y se pone sus propios anteojos oscuros. Antes de ayer Julián la reasustó con el chiste de la aleta de tiburón en medio del mar. Silvia lloró como cuando el padre le negó el viaje de fin de curso a Bariloche. Julián la dejó llorando y se dedicó a explorar otras aguas con la dorsal de plástico firme en la espalda. "¿Ves que sos una boba,nena?", le había dicho y se zambulló.

—Julián, dejame acá.

—¿Qué te pasa?

—Andá vos. Yo voy al agua.

Julián estaciona al borde de la playa. "Yo me abro", dice Silvia y le tira un beso al aire. Silvia se ajusta la malla, tapa el sol con la revista *Claudia* y busca la cancha de vóley con la mirada.

—Cuerc —dice Julián.

Silvia ya se fue.

—Arre, Bolita.

MO

Por Serg

Este es un fragmento de la s
nacido en Buenos Aires en 1
una novela, será publicado en
Editorial Sudamericana.

El paso del ferrocarril por las estaciones del Gran Buenos Aires es un hecho que, de tan repetido, se torna imperceptible y natural: real. El ferrocarril no escande ya el tiempo cotidiano de las barriadas, pero conserva todavía alrededor un arco restringido de percusión de influencia. El tren arriba y parecería que todo sucede, que el objeto mismo de las construcciones y utensilios que integran lo que se denomina "estación", el sentido último de aquella escenografía aislada y particular, se materializa momentáneamente. Así, las llegadas o salidas producen cierta convulsión siempre dentro de un espacio reducido como el andén, los diversos quioscos, las paradas de colectivos que circundan a la estación, las boleterías y los hombres del ferrocarril. Todo es real —sucede—, y al mismo tiempo circunspecto. Más allá, a medida que las calles y cuadras se expanden, su influencia sobreviene más retardada e indirecta. Es como si el epicentro —la revulsión elemental— encarnado por la máquina de la locomotora y el cuerpo de los vagones se opacara —con disolución y disgregación— pausadamente a través del espacio. Los centros comerciales aparecidos con el transcurso del tiempo —alimentados por la estación de ferrocarril— no cuentan sin embargo: si son importantes ya poseen una vida independiente; si no lo son su dinámica se acompasa a los ritmos de la estación. Por otra parte, la moral del ferrocarril es efímera, y en tanto tal se contrapone con la de la barriada. Hay trenes que son aguardados y no se detienen, y cuando lo hacen de todos modos desde el momento de su arribo comienza el tiempo de descuento de la partida. Están también los trenes que se retrasan —y mucho—, y sin embargo aquella exagerada espera acaba condensada, inversamente especular, en el provisorio lapso de detención del ferrocarril.

Las estaciones —aunque permanentes— poseen una existencia más virtual que los convoyes de ferrocarril: cuando están desiertas —durante casi todo el tiempo— viven a condición de ser el recuerdo de los trenes, y su espera. Los mismos pasajeros experimentados —*habitués* de las estaciones, acostumbrados a sus ciclos y conocedores de todos los detalles—, mientras aguardan la llegada ignoran incluso a la estación como esencial proveedora de informaciones acerca del próximo arribo del ferrocarril; se adelantan a las campanillas, a los movimientos del personal, e incluso a las indicaciones de los horarios: sólo se sienten seguros cuando divisan —a menor o mayor lejanía, depende de la estación— el brazo oblicuo de la señal que indica que el convoy que todavía no se ve ni se escucha ya tiene paso. Esto quiere decir que se aproxima, y cuando esto sucede la estación desaparece literalmente de la cabeza de los pasajeros y demás personas. Su entidad se convierte entonces en una espera perentoria, debido a lo cual esos pocos instantes las estaciones registran afinidades con los tránsitos de los trenes a través de ellas: se tornan imperceptibles y naturales: reales.

Pasajero irregular de los trenes —no se lo podía considerar un *habitué* de las estaciones—, cierta jornada Samich descendió de uno. Apenas dejó el estribo del vagón y comenzó a caminar por el andén hacia alguna de las salidas —la cantidad de personas que había en esos momentos no era exagerada y todas se movían por la estación de un modo natural, como habituadas al ritmo lento e imperceptible de la tarde—, el tren arrancó con un breve golpe hacia adelante y comenzó a avanzar. Esto quiere decir que Samich fue, en tanto pasajero que desciende, una persona rezagada. Desprovisto de toda rutina de emprender esos viajes, tal carencia en todo caso se compensaba con la estricta identidad en el modo con el que Samich siempre solía desandar las cuadras que separaban su casa de la estación. Efectuó entonces aquella caminata —con distracción y desgano—, como siempre lo hacía, sin poseer mayor conciencia de que en esos momentos se estaba materializando en su persona —por medio de su figura móvil a través de las calles— aquella influencia del ferrocarril cada vez más retardada e indirecta sobre las manzanas circundantes a la estación. Tiempo después se desplegó la sospecha de que quizá esta tarde habría sido la última oportunidad en la que Samich traspuso los límites de su casa. Por supuesto, ella se extendió sin posibilidades de corroboración fehaciente —aunque, de todos modos, tampoco hubo un excesivo esmero por realizarla—, y por la misma razón adquirió una coloración semejante al resto de las actitudes y los atributos de Samich: imperceptibles y naturales: reales.

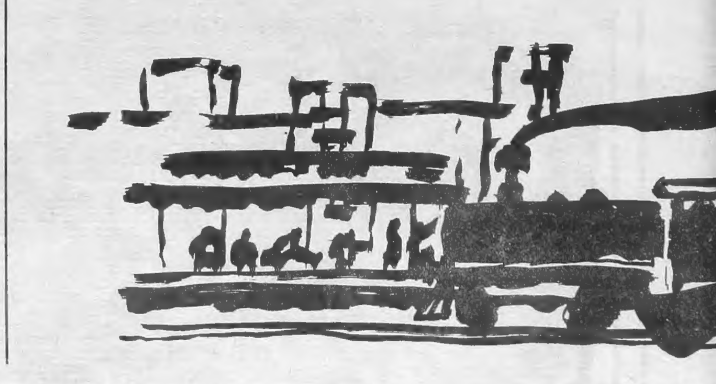
Samich recorrió entonces aquellas cuadras que se interponen a su casa —a pesar de su convicción de que la conciencia de separación, de distancia, es de todos los sentimientos el más fugaz y el único que una vez satisfecho, una vez disipado el alejamiento, ha sido hace mucho olvidado—, preocupado por llegar. Anduvo, de todos modos, como lo hacía de cuando en cuando, desde la estación, con esa mezcla de apatía, distracción y ensimismamiento que genera, por lo general, la geografía conocida y cotidiana. Las caminatas de Samich fueron —mientras las efectuó— irregulares, dato referido tanto a su extensión como a su frecuencia. Samich encarnaba —según él— a su modo —un modo particular y en cierto grado extravagante, ¿cuándo un poeta reniega de la extravagancia?—, mientras solía caminar, el ideal de la caminata. Una cuestión de individualidad, opinaba, que no dependía tanto de la manera particular de andar sino de un entorno medianamente austero y solitario —lo que por lo común se puede denominar "tranquilo"— que acompañe al paseo. Samich decía que era sin la menor duda imposible caminar verdaderamente por las calles del centro de Buenos Aires o por las populosas de los barrios; en esos casos, entendía, la caminata como actividad individual ya no existía: era —para Samich— todo el tiempo "Un recorrido social compartido" cuya dinámica multitudinaria consumía las energías del paseante. De ahí la diferencia que Samich reconocía entre lo que él denominaba Caminante y lo que llamaba Caminador. Sostenía que "Caminante" era la persona que efectúa recorridos sociales compartidos, aclarando puntualmente que ésta era sólo una denominación: no era que los caminantes realizaran recorridos sociales compartidos sino que la inmediatez práctica y la previsible continuidad del participio presente revelaban que aquélla era la palabra más apta para denominar a los caminantes. En cambio —sostenía Samich— "Caminador" guardaba en la aptitud elemental del sustantivo el conjunto de rasgos esenciales que para él poseía un caminador: una permanente aspiración a distinguirse del paisaje y una inevitable capacidad para modificarlo.

Así, Samich para muchos encarnaba ejemplarmente la figura del caminador aunque se lo tomara por un caminante. De hecho, "Encarnar figuras de Caminador es muy fácil" sostenía Samich refiriéndose a que la geografía agostada de la barriada —después de todo indispensable para caracterizarla como tal— donde vivía terminaba convirtiendo a todas las personas en Caminadoras aunque no fueran más que aspirantes a Caminantes. "Aspiradores a Caminantes", reflexionaba Samich delineando entonces una hipótesis parecida a la de los Caminadores.

Ciertas pocas manzanas del gran conjunto que se denomina Conurbano poseen una luminosidad particular, más abarcadora y difusa que la del resto, debido no sólo sin duda a las edificaciones bajas y a las asombrosas leves ondulaciones del terreno, sino también a que un silencio extenso y permanente provoca que la luz diurna —opaca, dilatada, dispersa— cunda de una manera casi fatal sobre la realidad. Samich sabía definir con gran precisión aquellos silencios y luminosidades —"Ondas de luz desplegándose", llamó una vez a esos estados atmosféricos y luminosos, regocijado de por lo menos no desmentir a la Física— tan característicos del grupo de manzanas donde vive. Aunque él se considerara a sí mismo muchas veces como "Un trabajador de las palabras", bien miradas las cosas no era la suya una definición puntual; Samich prefirió siempre los pensamientos sugestivos, las sugestiones. Como buen poeta, entendía que para describir acabadamente —con competencia— alguna cosa o algún estado o situación, se hacía necesario —nada más ni nada menos— incluir —incrustar de hecho muchas veces— uno o varios elementos ajenos a la circunstancia en cuestión. ("Disruptores" decía Samich, sin haber cometido nunca el error de colocar esta palabra en sus poemas y con una notoria carencia de rigurosidad semántica; "Disruptores" se le dijo muchas veces que no era exactamente lo que él quería decir). De este modo, en función de ése su principio descriptivo, Samich definía —sumamente concentrado, sin distraerse y entrecerrando los ojos— que la luz de aquel conjunto de manzanas era tal que —inaprehensible— únicamente se la podía percibir de una manera cabal una vez que la percepción se veía ligeramente interrumpida por los recorridos a través de las calles de camionetas repartidoras de muebles, de productos lácteos, y de las más pequeñas de quesos y chacinados. Cada una de ellas única, casi culminante; cada vez con un silencio tan natural e imperceptible que provocaba que cada una de sus imágenes —a lo largo de lo que podía abarcar la mirada en la contemplación de sus recorridos: cuando giraban por las esquinas, cuando se detenían frente a un comercio, cuando se perdían por una calle recta— aparentaran ser definitivas aunque provisorias, y culminantes aunque indiferencia; perennes.

A lo largo de estos numerosos momentos de ensimismamiento de Samich, cuando él se concentraba —haciendo de la concentración "su objeto replegado"— para concebir algún tipo de sugestiones propias, semejantes —familiares en definitiva— a la que quedó puesta, era tangible la presencia de cierto rumor que se dispersaba en el ambiente y que aparentaba permanecer en suspensión a la altura de los rostros. Más de una vez los visitantes de Samich —durante unos encuentros que algunos prefirieron llamar "tertulias", debido a lo cual otros decidieron denominar a los visitantes "acólitos"— creyeron ver en las paredes del comedor sencillo donde él trabajaba —y donde también por lo general realizaba aquel tipo de comentarios— una pátina que, acorde y asociada al desleído color de la pintura, terminaba siendo la correspondencia visual y material de ese rumor; visual, porque era lo que preponderaba en esa habitación discreta, escasa de muebles y adornos, material porque la opacidad descubría —en parte por asociación— una edificación semejante a la de amplios barrios del Conurbano. (El ángulo crudo formado entre las paredes y el cielorraso, las evidentes ondulaciones de ellas, el espesor notorio de sucesivas capas de pinturas, y otras cosas más, acentuaban la tonalidad opaca que los recubría.)

"Hombre de digresiones inútiles", como le agradaba a Samich denominarse, definía a su vida, a su actividad cotidiana, a sus preocupaciones, a todo eso, como una amplia y permanente digresión; un asunto en el que ponía tanto énfasis que remarcaba que absolutamente todo lo que había hecho siempre y lo que habría de hacer en el futuro era y sería digresivo. Y de tal modo, que más de una vez se le escuchó decir —en lugar de la fórmula que le agradaba, agobiado por la vehemencia—, "Hombre de toda y única digresión inútil". La exageración, para Samich, no fue jamás una virtud, e incluso se necesitaba, según él, de una exagerada humildad para que no se manifestara en el temperamento de las personas —que de todos modos tienden a,



MORAL

Por Sergio Chejfec

Este es un fragmento de la segunda novela de Chejfec, nacido en Buenos Aires en 1956. Su primer libro, también una novela, será publicado en setiembre de este año por la Editorial Sudamericana. Su título: *Lenta biografía.*

El paso del ferrocarril por las estaciones del Gran Buenos Aires es un hecho que, de tan repetido, se torna imperceptible y natural: real. El ferrocarril no escande ya el tiempo cotidiano de las barriadas, pero conserva todavía alrededor un arco restringido de percusión de influencia. El tren arriba y parecería que todo sucede, que el objeto mismo de las construcciones y utensilios que integran lo que se denomina "estación", el sentido último de aquella escenografía aislada y particular, se materializa momentáneamente. Así, las llegadas o salidas producen cierta convulsión siempre dentro de un espacio reducido como el andén, los diversos quioscos, las paradas de colectivos que circundan a la estación, las boleterías y los hombres del ferrocarril. Todo es real —sucede—, y al mismo tiempo circunspecto. Más allá, a medida que las calles y cuadras se expanden, su influencia sobreviene más retardada e indirecta. Es como si el epicentro —la revulsión elemental— encarnado por la máquina de la locomotora y el cuerpo de los vagones se opacara —con disolución y disgregación— pausadamente a través del espacio. Los centros comerciales aparecidos con el transcurso del tiempo —alimentados por la estación de ferrocarril— no cuentan sin embargo: si son importantes ya poseen una vida independiente; si no lo son su dinámica se acompasa a los ritmos de la estación. Por otra parte, la moral del ferrocarril es efímera, y en tanto tal se contrapone con la de la barriada. Hay trenes que son aguardados y no se detienen, y cuando lo hacen de todos modos desde el momento de su arribo comienza el tiempo de descuento de la partida. Están también los trenes que se retrasan —y mucho—, y sin embargo aquella exagerada espera acaba condensada, inversamente especular, en el provisorio lapso de detención del ferrocarril.

Las estaciones —aunque permanentes— poseen una existencia más virtual que los convoyes de ferrocarril: cuando están desiertas —durante casi todo el tiempo— viven a condición de ser el recuerdo de los trenes, y su espera. Los mismos pasajeros experimentados —*habitués* de las estaciones, acostumbrados a sus ciclos y conocedores de todos los detalles—, mientras aguardan la llegada ignoran incluso a la estación como esencial proveedora de informaciones acerca del próximo arribo del ferrocarril; se adelantan a las campanillas, a los movimientos del personal, e incluso a las indicaciones de los horarios: sólo se sienten seguros cuando divisan —a menor o mayor lejanía, depende de la estación— el brazo oblicuo de la señal que indica que el convoy que todavía no se ve ni se escucha ya tiene paso. Esto quiere decir que se aproxima, y cuando esto sucede la estación desaparece literalmente de la cabeza de los pasajeros y demás personas. Su entidad se convierte entonces en una espera perentoria, debido a lo cual esos pocos instantes las estaciones registran afinidades con los tránsitos de los trenes a través de ellas: se tornan imperceptibles y naturales: reales.

Pasajero irregular de los trenes —no se lo podía considerar un *habitué* de las estaciones—, cierta jornada Samich descendió de uno. Apenas dejó el estribo del vagón y comenzó a caminar por el andén hacia alguna de las salidas —la cantidad de personas que había en esos momentos no era exagerada y todas se movían por la estación de un modo natural, como habituadas al ritmo lento e imperceptible de la tarde—, el tren arrancó con un breve golpe hacia adelante y comenzó a avanzar. Esto quiere decir que Samich fue, en tanto pasajero que desciende, una persona rezagada. Desprovisto de toda rutina de emprender esos viajes, tal carencia en todo caso se compensaba con la estricta identidad en el modo con el que Samich siempre solía desandar las cuadras que separaban su casa de la estación. Efectuó entonces aquella caminata —con distracción y desgano—, como siempre lo hacía, sin poseer mayor conciencia de que en esos momentos se estaba materializando en su persona —por medio de su figura móvil a través de las calles— aquella influencia del ferrocarril cada vez más retardada e indirecta sobre las manzanas circundantes a la estación. Tiempo después se desplegó la sospecha de que quizá esta tarde habría sido la última oportunidad en la que Samich traspuso los límites de su casa. Por supuesto, ella se extendió sin posibilidades de corroboración fehaciente —aunque, de todos modos, tampoco hubo un excesivo esmero por realizarla—, y por la misma razón adquirió una coloración semejante al resto de las actitudes y los atributos de Samich: imperceptibles y naturales: reales.

Samich recorrió entonces aquellas cuadras que se interponen a su casa —a pesar de su convicción de que la conciencia de separación, de distancia, es de todos los sentimientos el más fugaz y el único que una vez satisfecho, una vez disipado el alejamiento, ha sido hace mucho olvidado—, preocupado por llegar. Anduvo, de todos modos, como lo hacía de cuando en cuando, desde la estación, con esa mezcla de apatía, distracción y ensimismamiento que genera, por lo general, la geografía conocida y cotidiana. Las caminatas de Samich fueron —mientras las efectuó— irregulares, dato referido tanto a su extensión como a su frecuencia. Samich encarnaba —según él— a su modo —un modo particular y en cierto grado extravagante, ¿cuándo un poeta reniega de la extravagancia?—, mientras solía caminar, el ideal de la caminata. Una cuestión de individualidad, opinaba, que no dependía tanto de la manera particular de andar sino de un entorno medianamente austero y solitario —lo que por lo común se puede denominar "tranquilo"— que acompañe al paseo. Samich decía que era sin la menor duda imposible caminar verdaderamente por las calles del centro de Buenos Aires o por las populosas de los barrios; en esos casos, entendía, la caminata como actividad individual ya no existía: era —para Samich— todo el tiempo "Un recorrido social compartido" cuya dinámica multitudinaria consumía las energías del paseante. De ahí la diferencia que Samich reconocía entre lo que él denominaba Caminante y lo que llamaba Caminador. Sostenía que "Caminante" era la persona que efectúa recorridos sociales compartidos, aclarando puntualmente que ésta era sólo una denominación: no era que los caminantes realizaran recorridos sociales compartidos sino que la inmediatez práctica y la previsible continuidad del participio presente revelaban que aquélla era la palabra más apta para denominar a los caminantes. En cambio —sostenía Samich— "Caminador" guardaba en la aptitud elemental del sustantivo el conjunto de rasgos esenciales que para él poseía un caminador: una permanente aspiración a distinguirse del paisaje y una inevitable capacidad para modificarlo.

Así, Samich para muchos encarnaba ejemplarmente la figura del caminador aunque se lo tomara por un caminante. De hecho, "Encarnar figuras de Caminador es muy fácil" sostenía Samich refiriéndose a que la geografía agostada de la barriada —después de todo indispensable para caracterizarla como tal— donde vivía terminaba convirtiendo a todas las personas en Caminadoras aunque no fueran más que aspirantes a Caminantes. "Aspiradores a Caminantes", reflexionaba Samich delineando entonces una hipótesis parecida a la de los Caminadores.

Ciertas pocas manzanas del gran conjunto que se denomina Conurbano poseen una luminosidad particular, más abarcadora y difusa que la del resto, debido no sólo sin duda a las edificaciones bajas y a las asombrosas leves ondulaciones del terreno, sino también a que un silencio extenso y permanente provoca que la luz diurna —opaca, dilatada, dispersa— cunda de una manera casi fatal sobre la realidad. Samich sabía definir con gran precisión aquellos silencios y luminosidades —"Ondas de luz desplegándose", llamó una vez a esos estados atmosféricos y luminosos, regocijado de por lo menos no desmentir a la Física— tan característicos del grupo de manzanas donde vive. Aunque él se considerara a sí mismo muchas veces como "Un trabajador de las palabras", bien miradas las cosas no era la suya una definición puntual; Samich prefirió siempre los pensamientos sugestivos, las sugestiones. Como buen poeta, entendía que para describir acabadamente —con competencia— alguna cosa o algún estado o situación, se hacía necesario —nada más ni nada menos— incluir —incrustar de hecho muchas veces— uno o varios elementos ajenos a la circunstancia en cuestión. ("Disruptores" decía Samich, sin haber cometido nunca el error de colocar esta palabra en sus poemas y con una notoria carencia de rigurosidad semántica; "Disruptores" se le dijo muchas veces que no era exactamente lo que él quería decir). De este modo, en función de ése su principio descriptivo, Samich definía —sumamente concentrado, sin distraerse y entrecerrando los ojos— que la luz de aquel conjunto de manzanas era tal que —inaprehensible— únicamente se la podía percibir de una manera cabal una vez que la percepción se veía ligeramente interrumpida por los recorridos a través de las calles de camionetas repartidoras de muebles, de productos lácteos, y de las más pequeñas de quesos y chacinados. Cada una de ellas única, casi culminante; cada vez con un silencio tan natural e imperceptible que provocaba que cada una de sus imágenes —a lo largo de lo que podía abarcar la mirada en la contemplación de sus recorridos: cuando giraban por las esquinas, cuando se detenían frente a un comercio, cuando se perdían por una calle recta— aparentaran ser definitivas aunque provisorias, y culminantes aunque indiferencia; perennes.

A lo largo de estos numerosos momentos de ensimismamiento de Samich, cuando él se concentraba —haciendo de la concentración "su objeto replegado"— para concebir algún tipo de sugestiones propias, semejantes —familiares en definitiva— a la que quedó puesta, era tangible la presencia de cierto rumor que se dispersaba en el ambiente y que aparentaba permanecer en suspensión a la altura de los rostros. Más de una vez los visitantes de Samich —durante unos encuentros que algunos prefirieron llamar "tertulias", debido a lo cual otros decidieron denominar a los visitantes "acólitos"— creyeron ver en las paredes del comedor sencillo donde él trabajaba —y donde también por lo general realizaba aquel tipo de comentarios— una pátina que, acorde y asociada al desleído color de la pintura, terminaba siendo la correspondencia visual y material de ese rumor; visual, porque era lo que preponderaba en esa habitacián discreta, escasa de muebles y adornos, material porque la opacidad descubría —en parte por asociación— una edificación semejante a la de amplios barrios del Conurbano. (El ángulo crudo formado entre las paredes y el cielorraso, las evidentes ondulaciones de ellas, el espesor notorio de sucesivas capas de pinturas, y otras cosas más, acentuaban la tonalidad opaca que los recubría.)

"Hombre de digresiones inútiles", como le agradaba a Samich denominarse, definía a su vida, a su actividad cotidiana, a sus preocupaciones, a todo eso, como una amplia y permanente digresión; un asunto en el que ponía tanto énfasis que remarcaba que absolutamente todo lo que había hecho siempre y lo que habría de hacer en el futuro era y sería digresivo. Y de tal modo, que más de una vez se le escuchó decir —en lugar de la fórmula que le agradaba, agobiado por la vehemencia—, "Hombre de toda y única digresión inútil". La exageración, para Samich, no fue jamás una virtud, e incluso se necesitaba, según él, de una exagerada humildad para que no se manifestara en el temperamento de las personas —que de todos modos tienden a, la exageración, como condenadas, de manera disciplinada y lenta— no más temprano que cuando sea posible evitarlo. Por lo tanto, nunca se interpretaron sus apreciaciones como derivadas de cierta exageración, sino todo lo contrario; profería sus palabras a partir de la obligación —moral— de no alcanzar nunca a aquélla (o no ser alcanzado).

El cortés pero vehemente desdén de Samich hacia la exageración fue visto por algunos como una deuda de su personalidad con el pasado y por otros como una deuda con su lugar de nacimiento. De todas maneras siempre —en los dos casos— su carácter o personalidad quedaron implicados, y esto en su sentido más lato. (Su conducta, en términos generales, tornó a ser percibida —en gran medida involuntariamente— como materia opinable—.) Fueron escasas las personas que se inclinaron a entender la personalidad de Samich como algo que podía llegar a guardar una relación no demasiado estrecha con su manera de pensar, actuar y sentir; la gran mayoría —incluso varios de sus "acólitos"— sostuvo siempre que —el pasado en unos casos y su lugar de origen en otros— había ciertas y precisas circunstancias a las que Samich, aunque no se diera cuenta, continuaba respondiendo y de las que —obligadamente— se sabía acompañar para transcurrir —como él de hecho dijo muchas veces al referirse a esos años, la época, que les había tocado en suerte compartir— "Estos días plagados de señales de silencio". Aquel acompañamiento obligado era secreto, de algún modo, tanto para los que creían que existía como para Samich —a quien también por otra parte le resultaba ignorado—. Aquellas circunstancias, su origen o su lugar de nacimiento y su pasado en general, al decir de gran cantidad de allegados de Samich influían de una manera poderosa en su conducta; en toda su conducta: los actos más espontáneos, las actitudes meditadas, las irreflexiones, los estudios a los que se aplicaba, e incluso —y no en última instancia— sus composiciones poéticas.

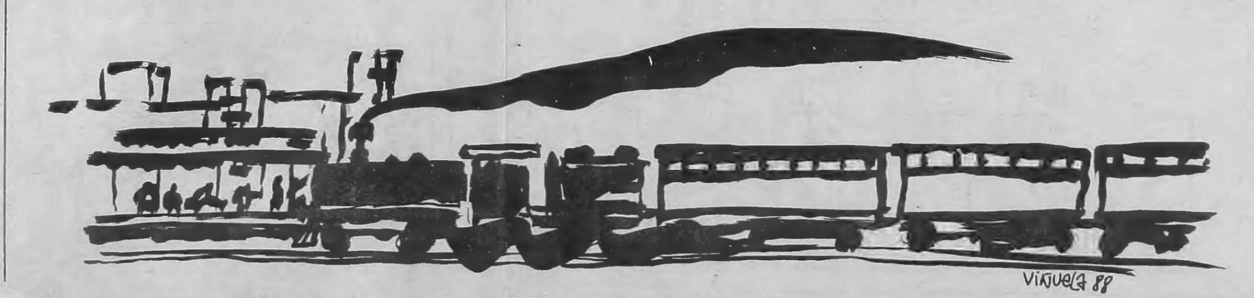
Todo esto, en apariencias, se teñía fuertemente del pasado y el origen de Samich; muchos creían que él —de un modo paciente, ciego y permanente, como por otra parte todas las personas— se replegaba sin saberlo sobre su historia, de la cual del mismo modo estaba retornando todo el tiempo. En cambio, fueron muy pocos los que sostuvieron que la personalidad y el carácter de Samich —como los de cualquier persona en general— no eran derivados trasparentes del pasado y del origen y que no poseían por lo tanto una deuda esclavizante con ellos. Con todo, aquélla desde un principio fue una polémica algo oculta y poco relevante —de bajo vuelo o poca monta, como de hecho se dice—, lo cual contribuía a que Samich se sintiera íntimamente complacido; un entredicho que se sobrellevaba en la sordina del grupo de gente que solía pasar alguna vez por su casa, un asunto lo suficientemente privado para que sea público y apenas público como para que excediera el marco de lo privado. Siempre en relación con esas cosas, Samich definía el pasado individual de cada persona —el origen, el lugar, lo vivido y demás— como un tiempo que se acumula, sucesivo y confundido, y regresa cristalizado en todo instante, permanente; "Una idea que ya sólo reverbera", lo describió más de una vez, aunque siempre sin asignarle un mérito fundamental en la configuración de las conductas, las opiniones, los sentimientos. No obstante, en todo momento su carácter o personalidad quedaron implicados. Samich nunca evidenció una preocupación rotunda por el hecho de que sus acciones y gestos pasaran a ser objetos de atención —y observación— de quienes sabían llegarse hasta su casa del Conurbano (más bien trasuntaba un silencio invalidatorio, el rechazo habría en parte implicado su aceptación); y en todo caso al no exteriorizar molestias demostró poseer un tino del que los demás carecían al poner en tela de juicio —directamente— el albedrío de Samich en relación con su origen, su pasado, y cualquier cosa parecida.

Alrededor de aquella época, nadie podía imaginarse que en cierto momento Samich habría de decidir no salir más de su casa. Pero sucedió, y de una manera tan peculiar que incluso bastante después de adoptada la resolución todavía muchos no estaban enterados. Samich —fiel a la timidez y al laconismo que lo hacían reticente en demasía a estar dispuesto a referirse a sus planes, inquietudes o cualquier cosa que tuviese que ver con su persona— comprendió que la suya era una determinación secreta a pesar de no haber pensado en momento alguno ocultarla. Después, ya era tarde, no valía la pena aclarar nada —como suele decirse—, o directamente seguía funcionando su proverbial reserva, de modo que tampoco comunicó su intención de una manera tardía. Los amigos que lo frecuentaban —más o menos asiduamente— también se vieron desarrollando una conducta semejante, aunque inversa; acostumbrados por los rasgos del carácter de Samich a no preguntarle casi nunca nada acerca de sus cosas, despojados incluso de mayor interés por sus cuestiones personales al verlo siempre allí, en su casa discreta, predispuesto a recibirlos en todo momento y en estado de disponibilidad absoluta, la resistencia pasiva y firme que fueron encontrando en Samich para trasponer los límites de su propiedad —una resistencia que no obedecía a obligaciones ni a imponderables, sino a otra que se manifestaba más que nada a través de comentarios casuales sobre el exterior, de referencias a diligencias constantemente postergadas, de argumentos dilatorios como respuestas a invitaciones a paseos o salidas—, aquella resistencia, entonces, con su repetición fue creando una inquietud imprecisa, después cierta sospecha, hasta que todos se encontraron impulsados a provocar giros en las conversaciones con el objeto de confirmar implícitamente lo que de hecho estaba claro sin que hubiese sido nunca explicitado. La gente cercana a Samich comprendió, por lo tanto, que la suya era una decisión secreta —aunque él quizá no haya tenido la intención de ocultarla— y por eso en gran medida aceptable: fue tan lento el camino hasta la constatación unánime que una vez producida ya era —la decisión de Samich de no atravesar los límites de su terreno— un dato más de las cosas; imperceptible y natural: real.

Sin duda, todas estas circunstancias implicaban un espesamiento de aquel rumor —de hecho, refractario a toda ponderación— que cundía en la sala de la casa de Samich cuando recibía a sus amigos; había otra cosa más que aunque no se dijera estaba clara, era un saber compartido por todos, y por eso mismo en modo alguno gravoso. "Aquí estamos, aspirando un aire mutuo", le gustaba repetir a Samich entrecerrando los ojos cuando percibía que en aquella atmósfera se condensaba ese rumor derivado de la materia homogénea que constituía a los sentimientos y aspiraciones de todos los presentes. Durante aquellos momentos, decisivamente Samich se veía colmado de felicidad; y esto no sólo debido a la tibia camaradería espiritual suspendida en el ambiente, sino también en parte a la pequeña osadía de estar diciendo con aquella frase —que evidentemente constituía un verso— varias cosas que excedían un tanto lo literal. Todo se sentían alcanzados por la felicidad del verso de Samich y sinceramente aunados por su vocación igualitaria. Del mismo modo, también todos sabían que aquel rumor —esa atmósfera— igual se expandería de estar ellos fuera de la casa; de tan mencionado como poco tangible acabó teniendo —para satisfacción de Samich y sus amigos, y para la prosecución armoniosa de los encuentros— una densidad difícilmente disgregable y más notoria que la de cualquier objeto material.

Pocas veces las que algunos llamaron "tertulias" se trasladaron fuera de la casa, y casi siempre acabaron siendo —como se denominan— experiencias desafortunadas. Sucedía en ciertos días de verano cuando el calor dentro de la casa de Samich se tornaba insufrible: el techo, debido a la edificación elemental realizada por su primo, no protegía el aire de la casa de los rayos sino todo lo contrario, se calentaba con lentitud hasta provocar una temperatura más alta que la del exterior; y si no habría brisa como para que corriese aire dejando la puerta de entrada abierta y también la del fondo, que daba al terreno, todo era ya francamente insoportable. Alguna de esas tardes Samich sugería tímidamente que se trasladaran todos hacia el fondo del terreno, cerca de dos morales, donde suponía que tendrían un poco de aire fresco y sombra. Para decepción recurrente de Samich e invitados los morales eran jóvenes, o de por sí pequeños, o las dos cosas, y daban sombras inútiles, reducidas; además, al estar a varios metros de distancia entre sí se excluían recíprocamente para la utilidad que Samich creía haberles descubierto. En cualquier caso, esto no fue ningún obstáculo para que todos obedecieran siempre, con presteza y afanosidad. Algunos sobre banquitos de madera, otros sentados en sillas de caño negro y cuerina celeste, otros sobre la tierra esporádicamente cubierta por yuyos o manchas de pasto, se congregaban cerca de un moral sin que en definitiva nadie pudiera aprovechar su escasa sombra. A pesar de todo, aquel afectuoso rumor y aquella perenne atmósfera permanecían y se consolidaban; pero el sol abrasaba —como de hecho se dice— las pieles —aunque algunas de ellas estuviesen curtidas no les dejaba de resultar molesto— y la letanía de las chicharras relajaba y adormecía la atención de los reunidos. De ese modo se continuaba un rato, con el sol urticante —muchos al borde de la insolación—, mojados de calor —como habrían de seguir estando adentro y como habían venido—, con el sonido de las chicharras expandiéndose y confundiéndose —alimentando la paulatina sensación de irrealidad—, conversando, citando, y refiriendo historias, impresiones, y cosas por el estilo, cada vez con cierta mayor dificultad y más largos silencios.

Este sol era aquella misma luz que Samich admiraba —y hacia la que sentía apego— de ese barrio del Conurbano; por eso, cautamente perentorio, como habiendo encontrado en todas las dificultades un obstáculo imprevisto, Samich decía a media voz "Amigos, el sol nos atraviesa. Alejémonos". Había después unos instantes de mutismo que eran de reflexión de las palabras de Samich. Todos se levantaban, entonces, y regresaban a la casa, algunos acarreando las sillas que se habían llevado del comedor. De modo que en el fondo el moral quedaba solo, y más allá el otro moral. Estas circunstancias e imprevistos desasosegaban a Samich, y lo derrumbaban en dolorosas depresiones; para él, un episodio como los que sabían suceder de cuando en cuando en el verano era —directamente— una frustración. Se abatía, se abandonaba, y por días enteros no proseguía con sus estudios o sus proyectos. El desaliento de Samich se debía a que él —desde mucho tiempo antes— había adquirido —sin darse cuenta de nada y sin saber por medio de qué préstamos— la imagen idílica del maestro con uno, dos, o varios alumnos a la sombra de un árbol, en la siesta, como idea a realizar. Como autodidacta consumado, le otorgaba suma importancia a la pedagogía al tiempo que tendía a ocultar su formación solitaria y un tanto aleatoria; por eso, Samich a veces se inclinaba a imaginar con fruición el momento de la transmisión de saberes como una especie de comunión espiritual e intelectual, rodeado de varias personas o una sola, a la sombra de un árbol, circunstancialmente mateando despacio, sin que fuese imprescindible hablar.



RAL

o Chejfec

egunda novela de Chejfec, 56. Su primer libro, también setiembre de este año por la u título: *Lenta biografía*.

la exageración, como condenadas, de manera disciplinada y lenta— no más temprano que cuando sea posible evitarlo. Por lo tanto, nunca se interpretaron sus apreciaciones como derivadas de cierta exageración, sino todo lo contrario; profería sus palabras a partir de la obligación —moral— de no alcanzar nunca a aquélla (o no ser alcanzado).

El cortés pero vehemente desdén de Samich hacia la exageración fue visto por algunos como una deuda de su personalidad con el pasado y por otros como una deuda con su lugar de nacimiento. De todas maneras siempre —en los dos casos— su carácter o personalidad quedaron implicados, y esto en su sentido más lato. (Su conducta, en términos generales, tornó a ser percibida —en gran medida involuntariamente— como materia opinable—.) Fueron escasas las personas que se inclinaron a entender la personalidad de Samich como algo que podía llegar a guardar una relación no demasiado estrecha con su manera de pensar, actuar y sentir; la gran mayoría —incluso varios de sus "acólitos"— sostuvo siempre que —el pasado en unos casos y su lugar de origen en otros— había ciertas y precisas circunstancias a las que Samich, aunque no se diera cuenta, continuaba respondiendo y de las que —obligadamente— se sabía acompañar para transcurrir —como él de hecho dijo muchas veces al referirse a esos años, la época, que les había tocado en suerte compartir— "Estos días plagados de señales de silencio". Aquel acompañamiento obligado era secreto, de algún modo, tanto para los que creían que existía como para Samich —a quien también por otra parte le resultaba ignorado—. Aquellas circunstancias, su origen o su lugar de nacimiento y su pasado en general, al decir de gran cantidad de allegados de Samich influían de una manera poderosa en su conducta; en toda su conducta: los actos más espontáneos, las actitudes meditadas, las irreflexiones, los estudios a los que se aplicaba, e incluso —y no en última instancia— sus composiciones poéticas.

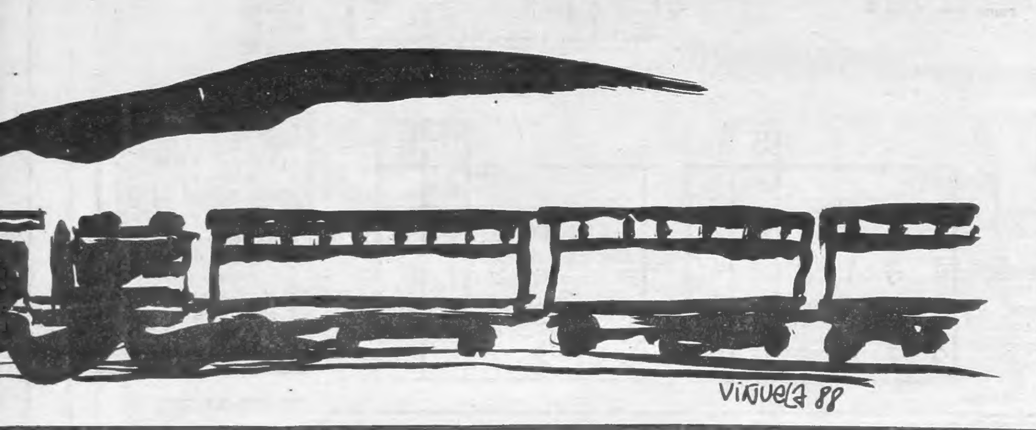
Todo esto, en apariencias, se teñía fuertemente del pasado y el origen de Samich; muchos creían que él —de un modo paciente, ciego y permanente, como por otra parte todas las personas— se replegaba sin saberlo sobre su historia, de la cual del mismo modo estaba retornando todo el tiempo. En cambio, fueron muy pocos los que sostuvieron que la personalidad y el carácter de Samich —como los de cualquier persona en general— no eran derivados trasparentes del pasado y del origen y que no poseían por lo tanto una deuda esclavizante con ellos. Con todo, aquélla desde un principio fue una polémica algo oculta y poco relevante —de bajo vuelo o poca monta, como de hecho se dice—, lo cual contribuía a que Samich se sintiera íntimamente complacido; un entredicho que se sobrellevaba en la sordina del grupo de gente que solía pasar alguna vez por su casa, un asunto lo suficientemente privado para que sea público y apenas público como para que excediera el marco de lo privado. Siempre en relación con esas cosas, Samich definía el pasado individual de cada persona —el origen, el lugar, lo vivido y demás— como un tiempo que se acumula, sucesivo y confundido, y regresa cristalizado en todo instante, permanente; "Una idea que ya sólo reverbera", lo describió más de una vez, aunque siempre sin asignarle un mérito fundamental en la configuración de las conductas, las opiniones, los sentimientos. No obstante, en todo momento su carácter o personalidad quedaron implicados. Samich nunca evidenció una preocupación rotunda por el hecho de que sus acciones y gestos pasaran a ser objetos de atención —y observación— de quienes sabían llegarse hasta su casa del Conurbano (más bien trasuntaba un silencio invalidatorio, el rechazo habría en parte implicado su aceptación); y en todo caso al no exteriorizar molestias demostró poseer un tino del que los demás carecían al poner en tela de juicio —directamente— el albedrío de Samich en relación con su origen, su pasado, y cualquier cosa parecida.

Alrededor de aquella época, nadie podía imaginarse que en cierto momento Samich habría de decidir no salir más de su casa. Pero sucedió, y de una manera tan peculiar que incluso bastante después de adoptada la resolución todavía muchos no estaban enterados. Samich —fiel a la timidez y al laconismo que lo hacían reticente en demasía a estar dispuesto a referirse a sus planes, inquietudes o cualquier cosa que tuviese que ver con su persona— comprendió que la suya era una determinación secreta a pesar de no haber pensado en momento alguno ocultarla. Después, ya era tarde, no valía la pena aclarar nada —como suele decirse—, o directamente seguía funcionando su proverbial reserva, de modo que tampoco comunicó su intención de una manera tardía. Los amigos que lo frecuentaban —más o menos asiduamente— también se vieron desarrollando una conducta semejante, aunque inversa; acostumbrados por los rasgos del carácter de Samich a no preguntarle casi nunca nada acerca de sus cosas, despojados incluso de mayor interés por sus cuestiones personales al verlo siempre allí, en su casa discreta, predispuesto a recibirlos en todo momento y en estado de disponibilidad absoluta, la resistencia pasiva y firme que fueron encontrando en Samich para trasponer los límites de su propiedad —una resistencia que no obedecía a obligaciones ni a imponderables, sino a otra que se manifestaba más que nada a través de comentarios casuales sobre el exterior, de referencias a diligencias constantemente postergadas, de argumentos dilatorios como respuestas a invitaciones a paseos o salidas—, aquella resistencia, entonces, con su repetición fue creando una inquietud imprecisa, después cierta sospecha, hasta que todos se encontraron impulsados a provocar giros en las conversaciones con el objeto de confirmar implícitamente lo que de hecho estaba claro sin que hubiese sido nunca explicitado. La gente cercana a Samich comprendió, por lo tanto, que la suya era una decisión secreta —aunque él quizá no haya tenido la intención de ocultarla— y por eso en gran medida aceptable: fue tan lento el camino hasta la constatación unánime que una vez producida ya era —la decisión de Samich de no atravesar los límites de su terreno— un dato más de las cosas; imperceptible y natural: real.

Sin duda, todas estas circunstancias implicaban un espesamiento de aquel rumor —de hecho, refractario a toda ponderación— que cundía en la sala de la casa de Samich cuando recibía a sus amigos; había otra cosa más que aunque no se dijera estaba clara, era un saber compartido por todos, y por eso mismo en modo alguno gravoso. "Aquí estamos, aspirando un aire mutuo", le gustaba repetir a Samich entrecerrando los ojos cuando percibía que en aquella atmósfera se condensaba ese rumor derivado de la materia homogénea que constituía a los sentimientos y aspiraciones de todos los presentes. Durante aquellos momentos, decisivamente Samich se veía colmado de felicidad; y esto no sólo debido a la tibia camaradería espiritual suspendida en el ambiente, sino también en parte a la pequeña osadía de estar diciendo con aquella frase —que evidentemente constituía un verso— varias cosas que excedían un tanto lo literal. Todo se sentían alcanzados por la felicidad del verso de Samich y sinceramente aunados por su vocación igualitaria. Del mismo modo, también todos sabían que aquel rumor —esa atmósfera— igual se expandería de estar ellos fuera de la casa; de tan mencionado como poco tangible acabó teniendo —para satisfacción de Samich y sus amigos, y para la prosecución armoniosa de los encuentros— una densidad difícilmente disgregable y más notoria que la de cualquier objeto material.

Pocas veces las que algunos llamaron "tertulias" se trasladaron fuera de la casa, y casi siempre acabaron siendo —como se denominan— experiencias desafortunadas. Sucedía en ciertos días de verano cuando el calor dentro de la casa de Samich se tornaba insufrible: el techo, debido a la edificación elemental realizada por su primo, no protegía el aire de la casa de los rayos sino todo lo contrario, se calentaba con lentitud hasta provocar una temperatura más alta que la del exterior; y si no habría brisa como para que corriese aire dejando la puerta de entrada abierta y también la del fondo, que daba al terreno, todo era ya francamente insoportable. Alguna de esas tardes Samich sugería tímidamente que se trasladaran todos hacia el fondo del terreno, cerca de dos morales, donde suponía que tendrían un poco de aire fresco y sombra. Para decepción recurrente de Samich e invitados los morales eran jóvenes, o de por sí pequeños, o las dos cosas, y daban sombras inútiles, reducidas; además, al estar a varios metros de distancia entre sí se excluían recíprocamente para la utilidad que Samich creía haberles descubierto. En cualquier caso, esto no fue ningún obstáculo para que todos obedecieran siempre, con presteza y afanosidad. Algunos sobre banquitos de madera, otros sentados en sillas de caño negro y cuerina celeste, otros sobre la tierra esporádicamente cubierta por yuyos o manchas de pasto, se congregaban cerca de un moral sin que en definitiva nadie pudiera aprovechar su escasa sombra. A pesar de todo, aquel afectuoso rumor y aquella perenne atmósfera permanecían y se consolidaban; pero el sol abrasaba —como de hecho se dice— las pieles —aunque algunas de ellas estuviesen curtidas no les dejaba de resultar molesto— y la letanía de las chicharras relajaba y adormecía la atención de los reunidos. De ese modo se continuaba un rato, con el sol urticante —muchos al borde de la insolación—, mojados de calor —como habrían de seguir estando adentro y como habían venido—, con el sonido de las chicharras expandiéndose y confundiéndose —alimentando la paulatina sensación de irrealidad—, conversando, citando, y refiriendo historias, impresiones, y cosas por el estilo, cada vez con cierta mayor dificultad y más largos silencios.

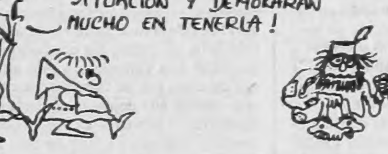
Este sol era aquella misma luz que Samich admiraba —y hacia la que sentía apego— de ese barrio del Conurbano; por eso, cautamente perentorio, como habiendo encontrado en todas las dificultades un obstáculo imprevisto, Samich decía a media voz "Amigos, el sol nos atraviesa. Alejémonos". Había después unos instantes de mutismo que eran de reflexión de las palabras de Samich. Todos se levantaban, entonces, y regresaban a la casa, algunos acarreando las sillas que se habían llevado del comedor. De modo que en el fondo el moral quedaba solo, y más allá el otro moral. Estas circunstancias e imprevistos desasosegaban a Samich, y lo derrumbaban en dolorosas depresiones; para él, un episodio como los que sabían suceder de cuando en cuando en el verano era —directamente— una frustración. Se abatía, se abandonaba, y por días enteros no proseguía con sus estudios o sus proyectos. El desaliento de Samich se debía a que él —desde mucho tiempo antes— había adquirido —sin darse cuenta de nada y sin saber por medio de qué préstamos— la imagen idílica del maestro con uno, dos, o varios alumnos a la sombra de un árbol, en la siesta, como idea a realizar. Como autodidacta consumado, le otorgaba suma importancia a la pedagogía al tiempo que tendía a ocultar su formación solitaria y un tanto aleatoria; por eso, Samich a veces se inclinaba a imaginar con fruición el momento de la transmisión de saberes como una especie de comunión espiritual e intelectual, rodeado de varias personas o una sola, a la sombra de un árbol, circunstancialmente mateando despacio, sin que fuese imprescindible hablar.



LOS MONJITOS

Por **HENFIL**









GARAY EDICIONES

JUEGOS

M	P	I	G	R	O	H	J	A	D
E	N	S	E	A	P	M	U	V	E
R	T	R	C	S	D	O	T	O	S
S	A	U	A	U	C	M	D	E	Z
O	V	L	J	T	I	E	M	A	M
R	G	E	L	A	N	B	N	I	R
M	A	U	D	I	R	A	M	O	L
I	R	T	C	A	R	P	L	F	E
P	A	H	R	D	R	T	O	P	J
E	D	A	L	E	B	G	S	F	O
C	E	J	G	T	J	A	M	A	G
R	O	A	N	O	S	N	O	T	R
T	R	E	S	T	E	P	I	A	J

Encuentre los nombres de 7 trabajos de jardinero que pueden estar escritos en horizontal, vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

22 "LA SOPA DEL 7"

22 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primer palabra resultan "transformadas". Como ayuda le damos tres letras ya colocadas.

1	V				
2					
3					
4					
5				D	
6					
7					
8					
9		I			

DEFINICIONES

1. Vallado.
2. Llanura de tierra entre montes.
3. Vía para transitar.
4. Dureza.
5. Consomé.
6. Planta espinosa.
7. Porcino.
8. Lo que rodea.
9. Lugar para espectáculos variados.

22 "NUMERO OCULTO"

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene ese intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
4	3	6	7	2	1
4	6	1	8	1	1
6	4	0	8	1	0
9	7	0	6	0	2

				B	R
				4	0
4	7	6	0	0	3
5	1	8	9	1	0
5	4	9	7	0	3
6	0	2	3	0	1

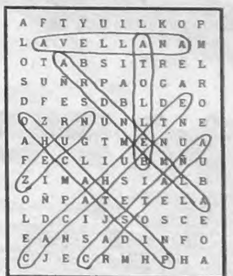
SOLUCIONES

21

"TRANSFORMACION"

CAPTA
RAPTA
REPTA
RENTA
MENTA
MANTA
MONTA
MONTE
MONJE

"LA SOPA DEL 7"



A	F	T	Y	U	I	L	K	O	P
L	A	V	E	L	L	A	N	A	M
O	T	A	B	S	I	T	R	E	L
S	U	Ñ	R	P	A	O	C	A	R
D	F	E	S	D	B	L	D	E	O
O	Z	R	N	U	N	L	T	N	E
A	H	U	G	T	M	E	N	U	A
F	E	C	L	I	U	E	M	Ñ	U
Z	I	M	A	H	S	I	A	L	B
O	Ñ	P	A	T	E	T	E	L	A
L	D	C	I	J	S	O	S	C	E
E	A	N	S	A	D	I	N	F	O
C	J	E	C	R	M	H	P	H	A

"NUMERO OCULTO"

1. 1607
2. 6805

